



**NOTAS SOBRE «EL SEGUNDO AGATOCLES O CORTES
EN LA NUEVA ESPAÑA»**

VICTORIA GALVÁN GONZÁLEZ

En 1778 la Real Academia anuncia en la Gaceta de Madrid un concurso literario para premiar el mejor poema épico sobre la figura de Hernán Cortés y, en particular, el episodio de las naves destruidas. José Viera y Clavijo se encontraba en ese momento en París con su alumno, hijo del marqués de Santa Cruz. Envía desde allí un poema titulado «El segundo Agatocles o Cortés en la Nueva España», que no obtuvo el galardón. El autor premiado fue Vaca de Guzmán.

Comenzaré por ubicar el poema en el contexto de la literatura de la época. Es la poesía de la segunda mitad del siglo XVIII, fundamentalmente, poesía de ideas. El poeta se erige, de esta forma, en emisor de un mensaje con una clara finalidad ética. Su escritura está condicionada por la aspiración a la reforma de la sociedad, de las supersticiones y de la ignorancia. Es, en definitiva, el compromiso el motor generador de las creaciones de los ilustrados. Encontraremos composiciones que cantan los nuevos descubrimientos científicos, las ideas filosóficas del siglo, y todo aquello que revierta en el bien de la comunidad, en el progreso y mejora, tanto moral como intelectual.

Esta actitud de la poesía ilustrada potencia, por tanto, la recepción del mensaje por un destinatario colectivo y una poesía edificante. Son obvias las consecuencias en el plano constructivo de los textos. Se aboga por un discurso diáfano, transparente, sin opacidades. El creador enfatiza el contenido frente a la forma.

Al respecto, las poéticas del siglo remarcan la utilidad de la poesía, Blair, Burriel o Luzán. Este último afirma:

«Esta es la razón y éste el origen de la utilidad poética que consiste en que siendo nuestra vida débil y corta, y no pudiendo por eso sufrir sin cegar todos de golpe los rayos de la moral, se

acomoda con gusto y provecho a la moderada Luz de la Poesía, que con sus fábulas y velos interpuestos rompe el primer ímpetu, y temple la actividad de la luz de las demás ciencias.»¹

Reconocemos en estas declaraciones principios horacianos y aristotélicos, pues, las poéticas del siglo se inspiran en ellos.

Es este el marco de referencia en el que se inserta nuestro poema. Concretamente pertenece a uno de los géneros poéticos canonizados por la tradición, la épica. Como poema épico se ciñe a las convenciones del género, ya sabemos, que el respeto a las reglas, es sagrado para un escritor del siglo XVIII.

Como tal texto épico, es imitación de una sola acción, verosímil, ilustre, de persona de alta jerarquía, compuesto en verso endecasílabo, con la finalidad de persuadir al receptor a imitar las virtudes heroicas del personaje.

No es la primera vez que incursiona Viera en la épica. En 1766 escribe «Los vasconautas», aunque la distancia entre ambos textos es evidente, pues, en este último no falta la nota irónica y festiva, ausente del poema sobre Cortés.

Precede al texto de «Los Vasconautas» un discurso sobre la poesía épica del que consideramos pertinente la citación de su concepción de poema épico:

«El no es otra cosa que una relación en verso de aventuras heroicas, pero una relación fundada sobre el juicio; una relación hermoçada por la imaginación, adornada de aquellos bellos episodios que derraman la variedad en el poema sin destruir la uniformidad; y sobre todo una relación interesante, laudable, feliz, verdadera en el fondo, y animada de la buena ficción...»².

Constatamos en esta cita la sujeción de Viera a los preceptos de su tiempo.

Centrándonos en el texto que nos ocupa, se trata de un canto épico, modalidad de la épica, cuyo rasgo esencial es la brevedad frente a los poemas épicos extensos, tipo «La Araucana». Se compone el citado canto de 85 octavas reales. No presenta subdivisión en cantos.

Antes de analizar el tratamiento de Cortés en el poema, creemos conveniente referir brevemente el argumento del texto.

Se inicia el discurso épico con dos estrofas introductorias. Siguiendo la tónica del exordio, el autor expone sus intenciones, esto es, cantar las hazañas heroicas de los españoles en Nueva España. La



palabra se confabula para avivar las conciencias y ánimos de los soldados, es decir, exhortar.

Para esta empresa cuenta Viera con el apoyo de un instrumento útil, la verdad, palabra recurrente en sus escritos. Es fundamento que erige el ideal estético y filosófico del siglo. El intelectual ilustrado, y en este sentido Viera es un claro exponente, intenta aunar ideal estético y científico. Verdad, belleza y razón constituyen un mismo orden, se identifican. Cuando el autor afirma que la verdad presidirá su canto, considera que sólo de esa forma puede agradar al receptor, resultarle una creación estética y útil a la vez.

Es, asimismo, significativa la ausencia de invocación a otras deidades más convenientes a la materia épica. El propio texto lo declara cuando afirma: «No me ofrezcais en el Castalio Coro/ la marcial trompa, ni la tierna lira»³.

A continuación, alude a su fuente de inspiración, un suceso real y verosímil, como es de esperar en un texto de estas condiciones. Viera utiliza para su poema un asunto histórico, pero recurre, como la mayoría de los concursantes, a las crónicas y escritos sobre Cortés, en las que se funden ficción e historia.

Por lo demás, la introducción es una declaración de propósitos artísticos, usual en poemas épicos de inspiración histórica. El relato propiamente dicho se inicia en la estrofa tercera.

A diferencia de otros autores, como Nicolás Fernández de Moratín, que comienza su canto con la descripción de las huestes españolas, centra su atención en el pueblo mejicano, y, en particular, en su soberano, Moctezuma, protagonista del poema después de Cortés: Los versos ofrecen una imagen del rey totalmente degradatoria. No es un gran rey, las costumbres de su pueblo son bárbaras, los dioses vengativos. Por otra parte, la tiranía y la imprudencia presiden su gobierno.

El relato es bruscamente interrumpido para referir la aparición de la diosa de la Fama, motivo frecuentado por los épicos clásicos. La revelación no es otra que la advertencia de la presencia extranjera en sus tierras.

El rey decide enviar una embajada con donativos, esperando una pronta retirada del enemigo. Todo ello acompañado de signos de mal agüero, vaticinadores de la influencia negativa de los hados.

Cortés recibe amablemente a los embajadores, pero rehúsa la oferta mejicana. El temor enciende los ánimos mejicanos, que repiten el envío de una embajada, además de convocar a las fuerzas de la nigromancia.



Cortés mantiene su postura y como medida de fuerza ordena quemar las naves en el puerto ante la mirada perpleja de los mejicanos. Este singular suceso cierra la narración. Los acontecimientos posteriores son expuestos brevemente en las estrofas finales. Narran el fin del imperio de Moctezuma y la incorporación de Méjico a la corona castellana.

Las dos estrofas finales aluden a los protagonistas de la hazaña. Oponen la degeneración de Moctezuma, reducido a la categoría de fantoche, a la fuerza y superioridad de Cortés, convertido en nuevo Agatocles.

Nos interesa resaltar aquí el aspecto de la imagen del héroe. Si analizamos detenidamente las referencias a Cortés en el texto, constatamos la evidente mitificación de su figura, última intención del poema.

Su primera aparición tiene lugar en la estrofa 21. El autor ha retardado su presentación por una estrategia concreta, contraponer su figura a la de Moctezuma. Es la técnica del contraste, sintomática de la construcción del texto.

Se nos muestran sus cualidades: «Recibíonos el jefe muy gozoso./ Es su nombre Cortés y que discreto/ Bajo de un velo afable y majestuoso/ Supo ocultar un corazón inquieto»⁴. Emplea calificativos dignificadores: discreto, afable, majestuoso e inquieto. Cada mención de Cortés en el poema irá acompañada de adjetivos laudatorios.

A este rasgo hay que añadir la divinización del personaje en la estrofa 24: «Con un aspecto entonces más que humano»⁵. Contrarresta esta afirmación con las palabras del propio Cortés que en otro momento dice: «No somos dioses»⁶. Aunque no es más que una manifestación de su humildad, pues, lo cierto es que su caracterización se aproxima en algunos puntos a la perfección.

La técnica de presentación del personaje es bien simple. El autor recurre a la caracterización por vía de los personajes. El narrador cede la palabra a los antagonistas, que tipifican la conducta de Cortés. Con ello, gana en dramatismo y acentúa la magnificación del personaje. En otras ocasiones, el personaje se delinea por sus palabras y acciones.

A continuación, tras la censura por parte de Cortés de los sacrificios humanos, pronuncia unas palabras de exaltación de la religión católica. Se manifiesta, pues, fiel a su religión y contrario a otras creencias, presentadas como bárbaras en el poema. Advertimos como el personaje se utiliza para servir a una causa concreta.





Proclamará seguidamente en la estrofa 27: «La virtud, la razón, la fe, me han dado/ Poder de indicar sus Santas Leyes/ de Falsos Dioses y de Injustos Reyes»⁷. Estos principios, virtud, fe y razón son el resultado de la fusión del credo católico y de la filosofía racionalista. La unión de la fe y la razón produjo la doctrina del Janseísmo, tan cara a Viera. Se intentan explicar todos los misterios del hombre con el auxilio de la razón. Refleja este verso contextualización de Cortés en el siglo XVIII.

Por otra parte, la virtud representa la máxima aspiración de conducta humana en el siglo. Todos debían ser virtuosos, que significa ser individuos ejemplares, como lo es Cortés. Otra implicación del término es la adecuación del individuo a las normas de la sociedad. Se aprovecha, por tanto, la literatura para difundir estos principios, recurriendo a la historia de un carácter ejemplar.

Observamos, a su vez, como estas palabras resumen la conducta del personaje, que en líneas anteriores del poema ha probado con sus acciones su fe en la religión, su actuación razonable, que hace ver a los mejicanos su error, su conducta virtuosa, por su proceder según los cánones morales del siglo.

Sus últimas palabras confirman, además, las razones de su empresa, que son las de la conquista. Pero para ello recurre el autor a los valores ideológicos del siglo XVIII. Cortés aparece investido de esos poderes para rescatar a los infieles de su desvío. Es evidente el maniqueísmo, que domina todo el texto. Los personajes se dividen en dos bandos irreconciliables: los buenos y los malos. Es decir, los que ostentan la superioridad, y los que a todas luces son inferiores. El texto poético se transfigura, de este modo, en instrumento de propaganda al servicio de los ideales de la monarquía española, ya se trate de Carlos V o de Carlos III, es lo de menos.

El sustrato ideológico del texto se construye con los ideales del siglo, utilizando como material de base la propia epopeya española, la conquista de América. Pero de lo que, en definitiva se trata no es tanto de elogiarla, como de realzar los valores de la religión y de la monarquía:

«Yo solo hablaba todos estos días
en nombre de mi Dios pero ya fuera
Frustrar vuestras ventajas y las mías
El no decir que soy también enviado
Del amyor Rey que el Orbe ha respetado»⁸.



Cortés es presentado como el emisor de la religión católica y de la monarquía española. Personifica los intereses de la corona, es, por tanto, un texto orientado hacia la política de Carlos III. La falta de proezas militares prestigiosas provoca la necesidad de reflejarse en el espejo de la historia pretérita. Es el espíritu del concurso académico, que tenía el objetivo de concitar los ánimos en favor de la política regia borbónica y, por otra parte, acabar con la leyenda negra elaborada por países con claros intereses de desprestigiar la imagen de España en relación con la conquista. De todos es conocida la célebre frase de Masson de Morvilliers: «Mais, que doit-on à l'Espagne?», que provocó un despliegue de protestas entre los ilustrados, como la apología de Trigueros o la respuesta de Cavanilles.

Cortés deviene en portavoz de los fines de la empresa americana, como confirma el suceso de las naves destruidas. Actitud que indica, de un lado, la tenacidad y constancia en sus propósitos, de otro lado, no cejar en el empeño hasta incorporar la Nueva España a la España imperial:

«Méjico fue, gritaba; su dominio,
 Su antiguo lustre, su opulencia estraña,
 Debió finar, según el vaticinio,
 Por un Héroe que abraze tal hazaña.
 Todos verán, después de su esterminio,
 Tan pingües tierras hechas Nueva-España;
 Y que la España, cuya fama crece,
 Otros Méjicos Nuevos establece»⁹.

Advertimos en estos versos el discurso patriótico de la conquista y el héroe elevado a la categoría de artífice. Comprobamos, además, la actitud irrespetuosa hacia la cultura mejicana, presente en todo el poema, en oposición a otros textos épicos sobre la gesta cortesiana, como la «Hernandía» de Francisco Ruiz de León, que reconoce virtudes a los mejicanos.

Otras notas acerca de la caracterización del personaje, aparte de las ya mencionadas, es su magnanimidad y bondad; cualidad imprescindible en un héroe dieciochesco y de estirpe roussoniana. Su bondad natural le impide aceptar sacrificios humanos y violencias gratuitas, me refiero al episodio en que se enfrenta al sacerdote indio.

Por otra parte, Cortés se presenta como desterrador de supercherías y supersticiones al demostrar con sus acciones la inutilidad de la nigromancia y brujería. Se desprende de ello el triunfo del raciocinio

sobre las creencias equivocadas. Pues, Cortés aparece investido de poderes racionales que le proporcionan su naturaleza y su religión. En este sentido, Viera se inserta en la órbita feijoniana, a quien le unen afinidades, como desterrador de prácticas erróneas desde la óptica cristiana. Al respecto, resultan esclarecedoras sus reflexiones en el prólogo a la *Historia de Canarias*:

«Más, desde luego, tengan todos bien entendido que no sólo presidirán en su composición la verdad, la imparcialidad y la modestia, sino la razón y el buen gusto»¹⁰.

O este pasaje sobre la isla de San Borondón:

«Mientras discurren de este modo los genios supersticiosos, (como se explica aquí el Ilmo. Feijóo) con un recurso infeliz de fenómenos desgraciados»¹¹.

Volviendo al personaje, todas las referencias explícitas al conquistador nos presentan a un modelo de héroe positivo. Encarna las cualidades, como refiere Luzán, de los héroes épicos antiguos: nobleza, magnanimidad, fuerza y valor.

Junto a ello, la caracterización ofrece un rasgo propio de la épica, la comparación del héroe con figuras mitológicas o de la Antigüedad. Así es llamado «el Héctor Castellano». La fuerza del ejército español es comparable a la de los Titanes. Otras veces, se alude a Cortés con el sobrenombre de Héroe o Varón. Y especialmente se identifica con la figura histórica de Agatocles, el tirano de Siracusa que arrebató el poder a la aristocracia y a la oligarquía. Prefiere, pues, Viera el parangón con una personalidad histórica, ya que el texto trata de un ser real.

En síntesis, asistimos en el texto a la magnificación y mitificación de Cortés. El poema tiene una única acción y un único héroe, del que se hace el panegírico. Se constituye en mito, entendido éste según los parámetros de la escuela francesa. Se define el mito como «configuración ideológica específica, expresa en imágenes (formas del mito) que comportan y disimulan una ideología externa que tiene la misma extensión que aquella configuración (significación del mito)»¹². La figura de Cortés se convierte en signo que representa un universo de ideas, configurado por los ideales patrióticos y religiosos.

Se trataba de configurar un mito, que permitiera la glorificación de la misión de España en América y por tanto de los valores patrios. Del que, además, se extrajera una lección de ejemplaridad para el





destinatario, cumpliendo así con los requisitos imprescindibles de la épica.

En la gestación del personaje, coincide Viera con el tratamiento concedido a Cortés a través de la historiografía y la literatura. Su aureola de prestigio llevó a Luzán a afirmar en su *Poética* que Cortés, dada su popularidad, podía ser personaje épico. En la literatura del siglo XVIII, que tanto interés mostró por los poemas épicos e históricos, se multiplican los nombres de autores que escribieron sobre Cortés, Moratín, Vaca de Guzmán, Arjona, Cadalso, Iglesias de la Casa o Francisco Ruiz de León, entre otros.

Esta visión exaltadora de Cortés la hallamos a su vez en la literatura anterior, como justifica el siguiente romance:

«Fernán Cortés de Monroy
Gran simulacro de César,
Nuevo Alejandro español,
y nuevo Tiburcio en Tebas,
fuerte defensor y escudo
de la católica Iglesia
que fue el blasón de las armas
que enriqueció su nobleza»¹³.

Imagen que coincide con las biografías escritas sobre su figura, como la de Marineo Sículo en el siglo XVI, que afirma: «Porque como don Fernando Cortés ha excedido a los caballeros ilustres y grandes capitanes como las cosas que con gran ánimo y sancticidad ha hecho»¹⁴.

Por tanto, la construcción del personaje se define por la imagen exaltatoria referida por la literatura y el modelo de los héroes épicos.

Nos resta aludir a otro carácter de la narración, Moctezuma. Aunque es indudable el protagonismo de Cortés, entre los restantes personajes, que funcionan a modo de comparsa, destaca el rey mejicano. Su caracterización es opuesta a la de Cortés. La desmitificación y degradación del personaje es notoria a lo largo del texto. Cumple la función de reforzar la heroicidad de Cortés. La funcionalidad de éste supedita a la acción del único héroe del poema.

No obstante, las connotaciones de esta caracterización deben efectuarse desde el contexto que acompaña a la creación del poema. Inmerso éste en las coordenadas de la política imperial, que justifica la colonización del territorio por la incapacidad del rey para gobernar con justicia. Aquí entra el parangón con Agatocles.

Se constituye el texto épico en signo instrumentado para la causa política y moral. Estos son los auténticos resortes generadores del poema. Y en este marco de utilidad hay que inscribir la mayoría de los textos épicos e ilustrados del siglo. Es la intención última del poeta servir a la sociedad y dignificar todos los valores positivos que la representan. Cortés es uno de los modelos a imitar por los ilustrados que ansiaban ante todo el progreso, poniendo las artes al servicio de sus proyectos.

NOTAS

1. Luzán, Ignacio de, (1977): *La poética*. Labor. Barcelona, p.p. 190-191..
2. Viera y Clavijo, José de. (1983): *Los Vasconautas*. Edición de Miguel Pérez Corrales. Instituto de Estudios Canarios.. Universidad de La Laguna, p. 15.
3. Viera y Clavijo, José de. (1876): *Poesías*. Colección de Juan Padilla. Vol. I. Museo Canario, p. 2. Estrofa 2, v.1.
4. *Ibidem.*, p. 9, v.v. 1-4.
5. *Ibidem.*, p. 10, estrofa 24, v.2.
6. *Ibidem.*, p. 10, estrofa 24, v.3.
7. *Ibidem.*, p. 12, estrofa 27, v.v. 6-8.
8. *Ibidem.*, p. 19, estrofa 46, v.v. 4-8.
9. *Ibidem.*, p.p. 33-34, estrofa 84, v.v. 1-8.
10. Viera y Clavijo, José de. (1982): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Goya Ediciones. Vol. I, Santa Cruz de Tenerife, p.p. 12-13.
11. *Ibidem.*, p. 95.
12. Marchese, A. y Forradellas, J. (1986): *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Ariel. Barcelona, p. 271.
13. Reynolds, Winston. (1967): *Romancero de Hernán Cortés*. Aula Magna; Madrid, p. 71.
14. Prescott, William H. (1987): *Historia de la conquista de México*. Istmo. Madrid, p. 934.

